

Cuándo volvería Bruno, es una pregunta a la que yo también deseo tener respuesta mientras miento a los pequeños con un velado “pronto”. Sus ojos brillan de excitación al verle entrar por la puerta, a pesar de tener un castillo por explorar, con sus jardines, habitaciones y rincones en ruinas. Su llegada es sinónimo de cambio, tienden a pensar, pues los que se marchan con él no regresan. Prefiero no sacarles de esa realidad, para que no tengan que vivir como lo hice yo: deseando la negrura al cerrar los ojos que viendo mi destino. Los afortunados han olvidado de dónde vienen, su pasado, su familia... mientras que los recién llegados no tardan en sumarse a su locura para sobrevivir. La mente de un niño es tan maleable que, por muchos años que pasen, no deja de sorprenderme su resiliencia. No quiero que pierdan esas ganas de vivir, les quedará siempre y quién sabe si quizá, algún día, su realidad les invite a abrir los ojos y sonreír. Yo solo puedo atesorar esas risas por un tiempo, limitado e indeterminado, que marcan las idas y venidas de Bruno. Por eso me debato entre conocer su fecha de regreso o aprender a disfrutar del momento sin él.

La mayoría de niños son demasiado pequeños para jugar por su cuenta y reclaman mi atención a todas horas. Con los años, he ido consiguiendo libros, que se apilan en una de las estancias diáfanas. Ahí solemos refugiarnos durante el invierno, cuando las tardes son demasiado frías para salir a explorar. Una chimenea improvisada en la pared nos ilumina y calienta por igual. Algunos pequeños corretean entre las columnas de libros, otros me escuchan leer y los mayores, a mi espalda, practican identificando las palabras del texto. Ojalá fuesen libros más sencillos, pienso siempre que recuerdo los abecedarios que mis padres guardaban en casa. A pesar del tiempo pasado, puedo recordar mi cuarto con todo lujo de detalles, y si cierro los ojos, al dormir los pequeños, puedo trasladarme a esas cuatro paredes azules en las que todavía podía soñar con el futuro sin tener pesadillas. Lástima que esos mismos gritos me devuelvan a la realidad al salir de otra boca, pues solo en esos momentos puedo acariciar la felicidad que perdí.

La alegría llega en un día lluvioso en forma de hombre cubierto por un chubasquero negro. Sus grandes hombros proyectan una sombra casi rectangular desde la puerta al hacer su entrada. Sin temor, los niños corren hacia Bruno gritando su nombre. Solo los pequeños se mantienen entre mis piernas, tratando de ocultar su presencia en el silencio. Debajo de la capucha siempre hay una sonrisa acogedora y regalos que a todos les ayudan a olvidar el pasado: ropa nueva, canicas y cuerdas aparecen de sus bolsillos y se dispersan por la casa. Sé que en el coche ha dejado otras muchas cosas que por la noche repartiremos. Alguno de los mayores pregunta por el destino del último amigo que se marchó, y el conductor simplemente responde con una sonrisa, al tiempo que me busca con la mirada. No hacen falta palabras entre nosotros después de tanto tiempo. Mi función en la casa, más allá de alimentar y entretener a los pequeños, es también mitigar sus inquietudes y preservar de alguna manera su inocencia; que todo siga siendo un juego en el que sus risas protagonizan las aventuras. No es una tarea sencilla cuando el exterior perturba nuestra rutina, pero ya hemos aprendido a lidiar con ello de la mejor manera posible. Esta vez, al menos, solo viene a hacer la entrega de víveres y los niños tienen un compañero de juegos para lo que queda de tarde. Así yo tengo tiempo de atender al resto de tareas que se han ido quedando pendientes y ya no me reclamarán por la noche.

A la luz de dos velas sobre la mesa de la cocina, Bruno me comparte sus últimos días en susurros. Claro y conciso, relata sin demasiada emoción sus viajes en coche, en los que solo puede disfrutar de los paisajes. El contacto con su acompañante siempre es mínimo, y una vez dentro del coche, la pantalla negra que les separa le impide ver o escuchar nada de lo que sucede en la parte de atrás. Para ambos es una ventaja y yo fantaseo imaginando todos los lugares que ha visitado gracias a sus precisas descripciones. Mis aventuras no son tan emocionantes, pero necesita conocerlas con los mismos detalles para transmitirlos a nuestro patrón. A pesar del frío y las lluvias, ningún niño ha caído enfermo este invierno. Todos afrontan los días con ilusión, ajenos a la realidad que un día vivieron, normalizando una estancia que nunca será su hogar. Bruno y yo intentamos que sea lo más parecido a un espacio seguro, que proteja sus mentes de lo que luego puedan sufrir sus cuerpos. Por eso, solo cuando las velas están cerca de extinguirse, mi confidente acaba por quebrarse y confesar el fatídico destino de su viaje con el último niño. En ocasiones pienso que preferiría no saberlo, pero ese golpe de realidad me ayuda a mantener firme la resolución de hacer todo lo que esté en mi mano por crear buenos recuerdos entre las cuatro paredes que nos cobijan. Ojalá alguien lo hubiese hecho con nosotros, para no tener que aferrarnos a los vagos recuerdos de un pasado aún más doloroso.

Acompañamos nuestras vivencias con un chocolate caliente y algunas pastas que Bruno ha podido conseguir, para endulzar un poco la noche que siempre parece nublarse cuando nuestros ojos se encuentran. Sé que acabaré llorando en el lado opuesto de la mesa, aunque intente recordar todos los buenos momentos pasados en la casa de campo. Esos mismos relatos son los que a él le devuelven la sonrisa: los nuevos juegos que han inventado los mayores, los primeros pasos de los más pequeños, las aventuras por el jardín y el sinfín de sonrisas que protegemos. Verbalizar todo aquello ante un oyente real reafirma todavía más mi ilusión por lo vivido, se nos contagia la risa por momentos hasta que la realidad se cuele de nuevo en nuestras mentes. Nunca pregunto, prefiero que sea él el que decida contarme lo que quiere, cuando quiere, como pueda. Los primeros años apenas intercambiamos palabras en las visitas, pero ahora podemos comprendernos en silencio con un simple gesto o una mirada perdida. Ambos compartimos el sentimiento de camaradería que nos impulsa a mantenernos serenos y cuidar de los niños. Sin esa fortaleza posiblemente no habríamos escapado de un destino peor, en el que muchos de ellos acabarán.

Mi compañero no ha tenido tiempo de entrar en detalle sobre su última entrega cuando suena tímidamente la puerta de la cocina. Una niña de apenas cuatro años, despeinada y envuelta en una manta, espera soñolienta su oportunidad para dejar que las lágrimas fluyan por la pérdida de un muñeco. Intentando que sus llantos no lleguen al dormitorio común, la siento en mi regazo y entre sollozos escuchamos que sin *el hombre rama* no puede dormir. Posiblemente su mente esté recordando mucho más allá del muñeco que hicimos en verano con ramas de los árboles, pero es mejor no ahondar en aquello que debe permanecer oculto para sobrevivir. Solo con la ayuda de una vela, recorremos los pasillos de la casa, revisando minuciosamente las estancias una por una. Bruno alumbra el camino y los rincones oscuros, mientras la pequeña reposa en mi espalda, buscando el juguete frenéticamente por momentos y cayendo dormida en otros. Ha sido un día de demasiadas emociones para todos, por lo que no nos sorprende encontrarlo a los pies del mismo colchón en el que duerme. Algunos de los

pequeños se revuelven debajo de las mantas, recorriendo recuerdos que su mente trata de eliminar con espasmos y gritos ahogados. Dejamos a la niña en la misma tesitura, con el muñeco entrelazado entre sus dedos, una caricia en la cabeza y un beso de buenas noches en la frente. Si el conjuro fuese todo lo necesario para espantar las pesadillas, llevaría años perfeccionándolo. Lamentablemente, no es tan fácil luchar contra el subconsciente ni en la adultez.

Desde hace meses las entregas se han ido espaciando cada vez más en el tiempo, como si la demanda hubiese bajado mientras la oferta sigue llegando. Bruno reflexiona en voz alta sobre la edad de los mayores y su futuro inmediato, en el caso de continuar sin destino. Es un escenario que llevo planteándome algunas semanas, esperando que su llegada anunciase alguna partida. Sin embargo, mañana se quedará a mi lado, pasando el día con los pequeños, para partir al anochecer y reportar a nuestro señor lo observado. Es difícil ser objetivo cuando se trata de describir la personalidad de los niños, sobre todo por lo cambiante que su estado anímico puede llegar a ser entre estas cuatro paredes, pero intentamos mantener siempre adjetivos neutros para todos. En el pasado el estándar ya nos ha causado estragos, cuando algún cliente no estaba satisfecho con la entrega recibida. Asumiendo el juego de grises al que podemos recurrir, son esas pequeñas argucias, que a veces dan buenos resultados, las que nos impulsan a seguir actuando. El recuento nos sale positivo si solo nosotros recibimos la reprimenda. Nos habituaron a ellas siendo demasiados jóvenes y ahora contamos con el apoyo mutuo en los momentos más duros. Ambos hemos perdido la perspectiva que un día tuvimos de cambiar nuestra situación, vivimos con ella, extrayendo los recuerdos felices de las cosas más anodinas, como la sonrisa de un niño o un abrazo sincero. Sin camas reales en las que reposar, al extinguirse la vela también lo hará nuestra conversación y nos apoyaremos juntos en ese ritual mágico, que nos traslada al único rincón de paz que queda, en los brazos del otro bajo las mantas.

Los pequeños suelen despertarse pasado el amanecer en invierno, dando tiempo a que el chocolate de la mañana esté caliente y el rocío helado de la mañana derretido de las ventanas. A pesar de la temperatura interior, salir a jugar al jardín no es una opción. Bruno podría haberse aprendido alguna de las historias que tantas veces me ha escuchado contar, para dramatizarla conmigo y entretener a los niños, pero prefiere sentarse a observarles. En pequeños grupos llevan días practicando un espectáculo que ofrecerle, ya sea contando chistes o con piruetas en el aire. Es otra de sus actividades favoritas y que me ayuda a lidiar con el vacío de las horas vespertinas. Mientras preparo la comida puedo escuchar los golpes, risas y algunas discusiones que suceden en la habitación de al lado. Todo parece indicar que los ensayos van bien. Uno de los mayores aparece en la puerta y recuerdo que su original espectáculo requiere de la cocina. Aún conserva en su memoria una receta, de su abuela ya olvidada, para hacer galletas de chocolate. Llevo semanas guardando los ingredientes en los estantes superiores, protegiéndolos de otras manos golosas. Sin mediar palabra se coloca a mi lado, mezclando ingredientes con cuidado y tarareando una canción que sin duda arrastra del pasado. Su mente ha borrado todo rastro de ello o no podría sonreír de oreja a oreja al amasar el dulce. Antes de que suene la alarma, el olor de las galletas en el horno se ha mezclado con el guiso de mi cazuela y mis tripas rugen ante tan sabrosos estímulos. Estoy segura de que no soy la única que está deseando comer.

Bruno puede dictaminar el ganador sin haber empezado las representaciones de la tarde, porque el postre nos deja a todos suspendidos en una nube de dulzor. Alguno de los más pequeños deja caer una lágrima en recuerdo de otros alimentos favoritos, pero ninguno dice nada más allá de felicitar al pastelero. Después todos participan animados en la función con un único espectador, que premia su originalidad con nuevas chucherías recolectadas en sus viajes. El exceso de azúcar luego pasará factura a su tranquilidad y por eso he dejado lista una cena ligera con camomila, que les invite a dormir antes de la medianoche. Entonces, acompañados por una nueva vela, puedo compartir con mi compañero las impresiones sobre las facetas de los niños antes de que se marche. En ocasiones salen a relucir verdaderos talentos, que ayudan a agilizar su partida hacia mejores destinos de los que otros pueden optar. Bruno así lo cree después de ver su evolución y yo me alegro de que mi guía haya despertado esas vocaciones en tan poco tiempo. Si tan solo tuviésemos un teléfono con el que poder comunicar los avances que hacen, la selección sería mucho más rápida, pero la discreción es lo que mantiene el proceso indemne. Tendremos que esperar al menos otra semana a que el patrón traslade al conductor su decisión y se haga efectiva.

Las despedidas siempre son amargas, incluso sabiendo que Bruno volverá pronto y que su visita nos ha liberado a ambos del peso del trabajo realizado, sigue siendo difícil. No sabemos si nos volveremos a ver o en qué situación coincidiremos, solo que una mirada será suficiente para reconocernos. Desear la rutina actual es lo máximo a lo que podemos aspirar, ya que posiblemente a su vuelta otra sonrisa encuentre su final. Atrapados por la realidad que nos ha tocado vivir, nos hemos quedado sin grandes sueños. Los niños aún no, y en nosotros recae conservarlos el mayor tiempo posible, confiando en que la puerta que abran sea mejor que la que se cerró ante nosotros tiempo atrás. La noche se traga los faros del coche a medida que se aleja por la carretera más allá del muro. En casa también la oscuridad lo ocupa todo, mi cuerpo tiembla bajo las mantas mientras mi mente intenta trasladarse de vuelta a la calidez del hogar al que nunca podré regresar.